

Ernesto Montenegro

Confidencias de vacaciones

(A Enrique Espinoza)



MI nombre es Saturnino Gil, pero en la oficina pública donde soy escribiente del grado 33, unos me llaman don Saturno y otros, don Gil, como si no acertaran a tomarme por el lado que me cuelga el apellido. Yo, francamente, preferiría que me apearan el tratamiento y me demostrasen en cambio un poquito de consideración. Usted, lector, puede tratarme como guste, pues noto que me avengo mucho mejor con la gente de lejos que de cerca. Así uno consigue cierta intimidad sin familiaridad, lo que resulta, por lo menos para mí, en un cambio muy agradable. ¿No le pasa a Ud. otro tanto? Y perdone que no lo llame por su nombre; pero creo que, por ahora, el nombre es lo de menos.

Como decía, al descubrir que mis relaciones con la gente eran más gratas a la distancia, comencé por escribirme por mis amigos, en vez de verme con ellos. En mis cartas me siento mucho más comunicativo que

de palabra. ¿No le pasa a usted lo mismo, compañero? Por mi parte, escribo con más convicción «Mi querida tía», o «Mis recordados primos», en el encabezamiento de una carta, que la que podría poner diciéndolo de viva voz y teniendo que añadir un ligero palmoteo en el hombro, al encontrarme cara a cara con cualquiera de ellos.

Me pongo a contarte estas cosas, querido lector, (¿por qué no tutearnos desde luego?), porque ellas son las que me impulsan ahora mismo a escribirte. Escribir resulta para mí tan fácil como puede ser para un sastre enhebrar la aguja o para un político urdir un «complot». Escribir es mi oficio. Quiero decir, escribir a máquina, copiando las notas e informes que redacta para mí el secretario del Subsecretario, mi jefe de oficina. Ahora, si hablamos de escribir sin borrador ajeno por delante, como lo intento hacer aquí, ya es algo diferente. No teniendo modelo que seguir, aun cuando más no sea para enmendarle las faltas de redacción y ortografía, uno suele estrellarse justamente donde no hay nada que nos ataje, en el papel en blanco.

Pero ahora estoy solo, en el campo, sin amigos que vengan a invitarme a jugar un cacho o a pelar al jefe. Con tiempo desocupado por delante y una caja media con el papel de oficio sobrante después de terminar la copia de los papeles atrasados de la oficina, que me traje para distraer mis vacaciones, se me ocurrió esta mañana que sería divertido ponerse a escribir

para el público por cuenta y riesgo de uno mismo y de nadie más.

¿Por qué no? Tengo todavía una semana para mí solo, antes de que regresen mis tías a esta casa de la orilla del Cerro, y me hallo a dos cuadras distante de la aldea donde nací y me criaron. ¿Solo, dije? Enteramente solo, no. La casa está, como ya advertí, a orillas del camino que bordea la falda del Cerro y como sobra pendiente para abajo, resulta que por el corredor del frente queda más baja que el camino, pero en la parte trasera le falta mucho para descender hasta el nivel de la cuesta, y uno descubre con cierto asombro que nuestro piso se halla, por este lado a la altura de un rascacielo, por lo menos de lo que se tiene en Chile por rascacielo. En ese piso bajo suplementario tiene su guarida un peón de la quinta, al que mis tías en su manía de grandezas, llaman El Hortelano. (Ahora que mis tías Augusta y Victoria están en la costa, con el pretexto de dar desahogo a su corazón de solteronas, que para nada lo necesitaba, bien puedo ejercitar en ellas esa facultad crítica que tan bien florece en los campos de la burocracia administrativa).

¿Tienes, lector, alguna tía solterona? Te lo pregunto, no por mera curiosidad, sino porque me gustaría saber si todas ellas padecen la misma propensión a darnos medicinas, a leernos las cartas y a referirse a nuestra madre como «a esa santa mujer, que tanto mortificaron tu padre y tú mismo». Ya sé que todos tenemos nuestras manías—«mis jobis», como dice la secre-

taria del jefe—y yo reconozco que se me está desarrollando una tendencia excesiva a proponerte preguntas, amigo lector. Pero en mi caso eso se explica—¿no te parece?—por la necesidad retórica de mantener animado el diálogo cuando es uno solo toda la tertulia.

Me dicen que los periodistas no pasan por los apuros por que paso ahora al querer escribir por mi cuenta. Me atrevo a negarlo. Estoy seguro que alguien debe soplarles los temas de sus artículos, o por lo menos esos «puntos que desarrollar» que yo recibo de mi jefe, cada vez que él mismo está demasiado ocupado jugando al ajedrez para garabatearme un borrador. Y según cuentan las malas lenguas, los periodistas siempre van a oír a un funcionario o a una «personalidad de nuestro mundo político o social», antes de ponerse a teclear en la máquina.

Desgraciadamente, donde ahora estoy parando no hay personalidades sociales ni políticas a quien consultar. ¿Qué hacer para dar buen empleo a este excelente papel de medio hilo y mantener el pulso firme? De antes se me ocurrió el disparate de planear una novela, pensando que no sería difícil hacerlo, al recordarme de cuando pasó por mi oficina un supernumerario que no cumplía los veinte años y ya tenía publicado en un folleto el primer tomo de sus Obras Completas. Pero en seguida descubrí que no tendría cabeza para seguir la pista de los nombres de mis personajes, ni las fechas del relato, ni los sitios por donde pasaran, y al fin sal-

dría casando al héroe con su tía, lo que en mi sentir es lo peor que podría acontecerle.

Pero esta misma mañana ocurrió un acontecimiento en mi vecindad, y creo que bien puedo aprovecharlo para ensayar mis condiciones de escritor, sin necesidad de meterme en enredos novelísticos. Me hallaba sacando agua para lavarme, de la tinaja que hay junto a la acequia, cuando sentí en la cueva del Hortelano un llantito lamentoso y tan débil como los vagidos de una criatura. ¿Conque eso había? Tan serrote y achacoso como parecía mi vecino, y vienen a entregarle un vástago... En este instante el lamento terminó en un aullido y comprendí lo gratuito de mi suposición. El Hortelano apareció al mismo tiempo saliendo de un bosque de maleza y con paso mucho más vivo que el que gasta cuando una de mis tías se asoma a la ventana a gritarle: «¡Isidoro, hoy no regó las macetas de cardenales!»

Con su fuñingue siempre encendido en la punta de su boquilla de caña, don Isidoro abre la puerta y saca al sol en sus brazos a un quiltro lechón, del pelaje blanco y una venda negra que le tapa un ojo y le cruza la cara. El animalito está tiritando de frío o de necesidad y se pega contra la flaca armazón de don Isidoro.

Aquí todos los vecinos nos damos tratamiento de Don y así nadie puede darse por agraviado, por más que a veces, por falta de costumbre, nos cuesta hacer seguir la partícula nobiliaria de una orden hasta humillante:

—Don Beno, le doy una chaucha si me le echa unos baldes de agua a la destiladera.

—Venga a servirse estos porotos fiambres, doña Antuca, y de pasada me hace el favor de caparme el pollo trintre, que ya no deja vivir a sus hermanas.

O diálogos como éste:

—Buenos días, don Ernestito. Véndame un cinco de azúcar y un cinco de yerba, ligerito, que tengo un dolor de cabeza que ya no veo.

—Le repetiré lo que ya estoy cansado de decirle, doña Pancha. ¡Esta es la última vez que le vendo por cincos!

Volviendo al quiltro, comprendí que protestaba contra el régimen vegetariano que aplicaron mis tías a don Isidoro, una vez que se convencieron de que la carne era lo que le daba un aire altanero y le ponía respondón. Por pura lástima propuse a don Isidoro entregarle las sobras de mis «viandas» para beneficio de «Tigre». El hombre no dijo que no, pero me pareció desconfiado y celoso del cariño del quiltro. Eso me distraerá y quien sabe si no me dé tema para llenar mis pliegos...

En caso de que no me resulte demasiado descosido, le daré mi borrador a uno de esos literatos que se paran en la acera de la Calle Ahumada a documentarse y que tienen entrada a las Revistas, para que él lo corrija y lo publique, con su nombre, se entiende. ¡La ocurrencia de que yo fuera a aparecer en letras de molde! Ya me figuro la raspa que me echaría mi jefe, por el atrevimiento de ponerme a escribir sin «sus puntos»...

Dos días más tarde.—Ayer no pude seguir estas notas, porque me dolía el cerebro a causa del excesivo esfuerzo intelectual que demanda el pensar por sí mismo a un escribiente del grado 33. Pero si no escribí, hice por lo menos una observación preciosa. Es el caso que «Tigre» ha pasado por un cambio sorprendente en estos tres días. No tan sólo se ha sopladó bastante, gracias a mi comida, sino que ha mejorado más todavía en el orden moral. Al verlo por primera vez y presentarle unos restos de carbonada, fué tal su actitud de reconocimiento, la bajeza de sus contorsiones para ganarse mi voluntad, que sentí más bien repulsión hacia él. Hoy, en cambio, me miró de frente, sin arrastrarse por el suelo, y aunque esto me mortificó en cierto modo, como una falta de respeto de la clase perruna para la especie racional, tras un momento de reflexión me incliné no solamente a aprobar su conducta, sino aún a envidiarla. ¡Si yo me atreviera a enderezar el espinazo ante mi jefe!

Un día más tarde.—Nuevo descubrimiento. Don Isidoro no ha adquirido a Tigre por una razón puramente sentimental, como yo daba en suponer, creyendo que le hacía falta compañía y alguien en quien ejercitar sus afectos de solterón. Lo primero es algo más cierto, porque don Isidoro comienza a tener largas conversaciones con el perro. Es más todavía, veo que va a servirle para desahogar sus resentimientos, lo cual me parece tan útil como un ejercicio higiénico:

—Hum, estas señoras se figuran que todos los árboles dan dos cosechas al año, por la majadería en pedirme una encomienda diarial rezonga don Isidoro en su antro, palmoteando el lomo del quiltro.

Más tarde le oigo decir en un tono menos confidencial:

—Parece que este año el invierno se nos va a adelantar otra vez, Tigre.

El quiltro le responde con un gruñido de inteligencia. Es una conversación práctica y abonada por los siglos, que remonta sin duda a los tiempos en que los Hombres de las Cavernas se sentaban en una piedra junto a sus montones de huesos y de conchas, a repasar los mismos temas del tiempo y de los achaques de salud, punteando su lenguaje de signos con amistosos gruñidos.

Un día después, jueves.—Don Isidoro se perdió hoy todo el día, y llegó a la puesta de sol con una brazada de espigas recogidas del rastrojo de los potreros. Se puso inmediatamente a desgranarlas con una «rasqueta», y dos horas más tarde llevaba su cosecha en la punta de la camisa, para venderla en la aldea. De allá trajo un pedazo de malotilla, y está en estos momentos asándola en un precario fuego de sarmientos.

—Lo que se bota no le sirve a nadie, Tigre, dice, cortando trocitos con su cuchillo y tirándoselos al quiltro.

Pienso que los pobres se entienden por lo general muy bien con los animales y los educan mejor que los

ricos. Infortunadamente, a veces el pobre descarga el rencor que le causan los abusos del patrón en una furia ciega contra las bestias de cuatro patas. Pero, de ordinario, es grande la semejanza en el grado de paciencia para soportar fatigas y privaciones, para cargar pesos y tolerar castigos injustos, que hay entre los pobres y los animales. Lamarck vió la evolución de las especies, pero al revés.

Viernes.—Mañana llegan mis tías, y ya no podré escribir tan libremente. Se presentarán a toda hora a mi puerta, con su paso gatuno, y al verme doblado sobre mi mesita, menearán la cabeza con aire de reprobación:

—Niño, de vacaciones y no sales a tomar aire. Más bien harías en venir a la novena con nosotras. Apuesto que van años que no te confiesas. ¡Ah, si viviera mi pobre hermanal! Ya no recuerdo, Saturnino, cuándo hiciste tu primera comunión...

—Todavía no, tía.

Un portazo es el comentario de esa confesión candorosa.

Al día siguiente el estado de la vela delata mi vigilia de escritor primerizo.

—Es un horror, niño, no sé qué haces con la vela; te la dejamos entera al irnos a la costa, y ya no te queda ni para fines de la semana. ¡Y con lo que está costando todo!

La verdad completa es que anoche dejé a un lado mis papeles y me puse a leer un librito que hallé en una alacena, y que sin duda llegó por equivocación a

manos de mis tías. Es una reimpresión barata de un autor extranjero, hecha con grande esmero en la acumulación de errores de imprenta por un editor chileno. Se intitula «El Mandarín», pero no se ocupa de la China tanto como yo esperaba. El nombre del autor es tan raro que deletreándolo de nuevo, llegué a sospechar nuevos errores de imprenta. El cuento está escrito con gracia y picardía, pero no me gusta un autor que se ríe de su héroe. Si el señor Quiroz, como debe ser su nombre, tuviera igual experiencia que yo en la novela, vería que cuesta tanto imaginar un carácter novelesco, que uno no puede por menos que quererlo entrañablemente, como hacen las madres con los hijos más trabajosos.

Sábado.—Hoy me lo he pasado debajo del peral, siguiendo el consejo de mis tías. Mi posición, tendido en el pasto, con la cara metida entre las malezas, me hizo recordar a Lilliput en la isla Gulliver—o a Gulliver en la isla de Lilliput; tanto da—viendo afanarse a las hormigas con su carga de provisiones entre las mandíbulas. Una pera reventada les sirve de mesa y de banquete a la vez. Llegan a ella a lo largo de una hebra de pasto, no sin ese «Elles se frottent le nez contre leur nez», que es todo lo que recuerdo de mis lecturas francesas del Liceo. Cumplido ese acto de cortesía hereditaria que sin duda data de sus abuelos del período pleistocénico, varios centenares de millones de años atrás, y remedado más tarde por algunas tribus de pieles rojas—las hormigas recogen un bocado y se lo llevan a la despensa de sus cuarteles de invier-

no. ¡Ejemplar sobriedad y laboriosidad! Ninguna se pone a saciar el apetito que sin duda debe provocarles el succulento manjar. El deber ante todo, y salen con su bocado, algo más grande y más pesado que ellas— como si cada hombre padre de familia se echara diariamente una res a costas en el mercado y tuviera que llevársela por espacio de algunas leguas, para acumular una suficiente reserva doméstica.

Y uno tiene que admirarse todavía más cuando considera que las buenas hormigas no van guiadas por un instinto milagroso de la dirección, sino que—parcial o totalmente ciegas—cometen como nosotros errores frecuentes de rumbo, vuelven atrás, se aventuran de nuevo por un camino sin salida. El ojo se fatiga de seguir las en su rebusca pertinaz del camino, antes que ellas den muestras de renunciar o de abandonar su carga. Observando estos insectos sociales uno comprende por qué fallan tan a menudo las Sociedades Cooperativas entre los hombres, mientras que aquella que fundaron los jenes o las hormigas rojas algunos millones de siglos antes de Adán, siguen todavía funcionando sin desmoralizarse.

Pero lo que hoy me maravillaba contemplando a las hermanas hormigas, no era eso tan sólo, sino principalmente el prodigio fisiológico de la conservación de la energía animal. Con algunos bocados de alimento no más grandes que un grano de mostaza, las hormigas marchan todo el santo día acarreando pesos comparativamente enormes; las abejas encargadas de la ven-

tilación de la colmena baten sus alas a razón de algunos millones de vibraciones por hora, y el pájaro, en virtud de la energía acumulada en cuatro semillas de plantas silvestres, vuela por horas seguidas a una velocidad que apenas alcanzan las máquinas más perfectas con un derroche escandaloso de fuerza potencial. Y por encima de todo, queda siempre la consideración de que las sociedades de los insectos se rigen por una ley común de trabajo, y que aquél que se abstiene de cumplirla—el zángano—paga su pereza con la muerte. Otro tanto le espera al que se introduce a la despensa ajena con miras de robarla. Es un sólido principio de higiene y equilibrio moral y social que me gustaría proponerle a mi jefe.

Domingo.—Hoy lo he pasado en contemplación, tal como lo manda la Iglesia. Primero observé que el Cerro aparenta sorprendentemente la forma de un buey echado. Mi casa se ve en proporción no más grande que una garrapata aferrada a sus costillas. Y me he preguntado con verdadera humildad cristiana: ¿Y qué soy yo entonces, yo que vivo en ella? ¡El parásito de un parásito!

Las ventanas de la parte trasera de la casa quedan al mismo nivel que las copas de los naranjos, muy por encima del parrón que sombrea la acequia. Al retirarme un poco hacia adentro, en la penumbra de mi cuarto, y manteniendo la vista en las ramas que tengo casi al

alcance de mi mano, tengo la impresión de estar viviendo en las copas de los árboles, y el recuerdo de remotos abuelos arbóreos se remueve dentro de mí...

El chuncho padece de insomnio. Al llegar la noche, baja pisando en la punta de sus zapatillas acolchadas, pora frente al piano y se pone a tocar con un dedo, siempre la misma nota alta del teclado: si-si-si-si-si-si-si-si-si-si-si-si-si-si-si-si... *s t a c c a t o*.

Ahora comprendo por qué dicen que el que oye a menudo cantar al chuncho, muere indefectiblemente dentro del año. Es claro, muere de exasperación.

Estuve hojeando esta apacible tarde de domingo un amazacotado volumen de seiscientas páginas en que fueron recogidos para la posteridad los discursos y debates de un Congreso Internacional, y que aun presta servicios, cuando vienen de visita mis primos con su peste de chiquillos, para que alguna de las menorcitas alcance a sentarse a la mesa sin vaciarse la sopa encima. Leyendo algunas frases aquí y allá, se me ocurrió esta melancólica reflexión. ¿Por qué invocar tanto nuestro común origen, nuestras comunes glorias, nuestros intereses comunes, y no tener un recuerdo agradecido—el primero de todos—para nuestros comunes lugares comunes?